

Cuerpo e identidad en la sociedad del *leisure*

Body and Identity in the Leisure Time Society

DOI: <https://doi.org/10.15366/bp2017.16>

La reflexión sobre el cuerpo en la dimensión existencial y social del *leisure* –tiempo libre u ocio– es un ámbito de investigación hacia el que las ciencias humanas y sociales no pueden dejar de mirar con interés y con cierto sentimiento de necesidad cognoscitiva.

El tiempo libre es un ámbito social e identitario de particular relevancia en la experiencia individual y colectiva contemporánea, y el cuerpo es, sin lugar a dudas, fundamento central de nuestro yo. Podríamos decir que nuestra existencia, así como nuestra identidad, está íntimamente “encarnada”. En definitiva, nosotros somos nuestro cuerpo. Sin embargo, no solo “somos” sino al mismo tiempo “tenemos” un cuerpo. El cuerpo abre entonces las vías de acceso a la subjetividad y a la objetividad, y es, presumiblemente, requisito fundamental de la interacción entre estas dos dimensiones.

Siguiendo una perspectiva fenomenológica, es plausible concebir el cuerpo como una herramienta de acción, de conocimiento del mundo y de nosotros mismos: tenemos experiencia, que es conocimiento encarnado. Es a través del cuerpo que intervenimos en la realidad, adquiriendo su sentido y conjugándola con nuestras posibilidades corpóreas. Conozco las cosas porque están en correlación con mi corporeidad y la ejecutabilidad de mi acción, y si estoy materialmente insertado en el mundo me intuyo a mi mismo, intuyo las emociones, el sentido de mi identidad, mis transformaciones.

La capacidad de hacer, obrar y moldearnos a nosotros mismos y la realidad que nos rodea, con todas las conexiones posibles, es entonces determinante. Por cierto, ocupar físicamente el mundo significa involucrarse en actividades y prácticas concretas, lo cual

quiere decir costumbres irreflexivas y memoria encarnada¹, es decir, interacción con los demás, y eso implica también la utilización de los utensilios, que no son otra cosa que prótesis y extensiones de nuestras capacidades físicas. Con nuestro cuerpo vivimos el espacio, actuamos en él y lo enriquecemos de significados, del orden con que definimos el mundo. A la par, habitamos el tiempo, nos proyectamos en el futuro con nuestras posibilidades corpóreas, nos situamos en el devenir, sintonizamos con nuestras aspiraciones y nuestras expectativas, vivimos nuestras transformaciones, incluso nuestra corrosión. Por eso es necesario sintonizarnos y captar aquellas señales que el mismo cuerpo nos ofrece –en términos de necesidades físicas, urgencias, deseos, emociones, impresiones, ansiedades, impaciencias, salud y bienestar.

Pero el cuerpo es también, y de manera esencial, expresión y comunicación. En efecto, nuestra extensión expresiva se construye con las prácticas corpóreas: el sonido de las palabras, los gestos, la mirada, el modo de presentarnos y los signos que damos, llevando nuestra vestimenta o dando forma a nuestro aspecto, etc.

No es baladí que la experiencia corpórea de la existencia –con sus connotaciones psicológicas– sea no sólo el presupuesto fundamental de nuestro estar en el mundo, sino también el de nuestra sociabilidad. Las relaciones, también las indirectas, se estructuran siempre a través del cuerpo². La mirada, la dimensión táctil, los sonidos producidos y oídos, nuestro aspecto, las acciones concretas estructuran nuestra toma de posición cotidiana en la realidad y el contacto con los demás, incluso cuando es mediado por una pantalla, por un teclado, por un papel, etc.

En definitiva, como ha subrayado Jean Baudrillard, nuestro actuar no está nunca vinculado simplemente a necesidades primarias, porque nuestro cuerpo se estructura siempre también como un grupo de significados, en un sistema de intercambios simbólicos, es decir, de relaciones con los demás y de signos que lanzamos, que compartimos, que negociamos en nuestras interacciones. A través del cuerpo, pues, nos producimos a nosotros mismos como entidades simbólicas dentro de un consorcio social³.

El cuerpo llega a ser, entonces, el medio a través del que los individuos se orientan entre ellos y hacia la sociedad misma. Nuestras características físicas son al mismo tiempo calidades sociales. Nuestra edad, género, etnia –por ejemplo– tienen una traducción y una visibilidad corpórea; sin embargo, también todo el conjunto de las pertenencias, de las acciones, de los consumos, de las actividades que nos distinguen como individuos o miembros de colectivos tienen una transposición en la experiencia del cuerpo, que es símbolo prioritario de nuestra identidad individual y colectiva. A través del cuerpo se estructuran, precisamente, la identidad –es decir, definimos por medio del cuerpo la representación de nuestro yo–, nuestras pertenencias y la relación o los confines con las demás personas, las de nuestros grupos o de otros⁴.

Es, pues, constitutivo de una dimensión simbólica personal, pero también social, caracterizando nuestro sentido de unicidad pero también nuestro ser parte de algo⁵. Es decir, en nuestras costumbres corpóreas, en lo que hacemos, en nuestros gustos, en los consumos alimenticios y estéticos absorbemos nuestras pertenencias, definimos y

¹ Merleau-Ponty, M., *Phénoménologie de la perception*, Gallimard, Paris, 1945.

² Cregan, K., *The Sociology of the Body. Mapping the Abstraction of Embodiment*, Sage Publications, London, 2006, pp. 1-15.

³ Cfr. Baudrillard, J., *L'échange symbolique et la mort*, Gallimard, Paris, 1976.

⁴ Cfr. Duret, P., Roussel, P., *Le corps et ses sociologies*, Nathan/VUEF, 2003.

⁵ Synnott, A., *The Body Social. Symbolism, Self and Society*, Routledge, London & New York, 1993.

comunicamos nuestro estatus. Al mismo tiempo, en este ámbito entra en juego la dimensión política con sus relaciones de poder y dominación, las componentes económicas y vinculadas al consumo, las transformaciones en la manera de vivir el yo y los demás.

Además, ya de por sí la base experiencial de los encuentros y de las situaciones –es decir, la célula fundante de la estructuración de la sociedad y de las conductas sociales– se edifica de manera considerable sobre la materialidad física. La rítmica compartida en las interacciones en los diferentes contextos sociales, la implicación de los cuerpos en un *humus* compartido, el compartir las emociones que la presencia conjunta establece materialmente, la sincronización de gestos, expresiones, voces y posturas, el turnarse rítmico de las conversaciones, todo esto crea la estructura emocional que define la ritualidad social esencial en todos los encuentros, aquellos ocasionales y los más estructurados. De aquí nacen y se alimentan las condiciones determinantes de la intersubjetividad, de la unidad y de la solidaridad social. Y es a partir de la concatenación en el tiempo de semejantes encuentros que se construyen los vínculos sociales, las pertenencias, y se consolidan de forma duradera las identidades individuales y colectivas, las ideas, los sentimientos morales compartidos⁶.

Por último, en cada consorcio social, el cuerpo está hondamente vinculado también con la producción de las ideas. El cuerpo es, en definitiva, nuestra historia. La personal, que se expresa en el cambio de nuestra cara, del pelo que cae o encanece, en el vigor atlético que disminuye, en la diferente funcionalidad y potencialidad de nuestros órganos. Mas es también historia colectiva, que se manifiesta en las modas y en los estilos de vida que cambian, en las capacidades médicas y de curación, en las diferentes ideas sobre la estética, el bienestar, etc. Los miembros de los diversos grupos sociales, o también las sociedades en su conjunto, comparten así representaciones, ideas, visiones del mundo que contienen la corporeidad. Estos modelos interpretativos, contruidos socialmente, dan significado a todos los procesos a través de los que los individuos, los grupos y la sociedad construyen su mapa del mundo, utilizan su fisicidad, regulan las prácticas de la vida cotidiana y las relaciones⁷. Puntos de vista, órdenes cognitivos que, por cierto, se diversifican dependiendo de los diversos contextos y se transforman en el tiempo, con múltiples y diferentes combinaciones posibles.

Si nuestra relación con el cuerpo es ineludible y rica de significado, también aquella con el tiempo libre tiene –en particular hoy en día– un claro peso⁸. En la sociedad contemporánea el tiempo libre ya se ha impuesto como tiempo social fundamental. Con este concepto, en las ciencias sociales, nos referimos por lo general a un tiempo liberado de las fatigas y de las tensiones del trabajo, dedicado a actividades de descanso, capaces de gratificar, y en cierta medida no impuestas socialmente como puede serlo, por ejemplo, el calendario de las fiestas religiosas. La libertad de cada individuo de decidir de modo autónomo cómo utilizar el tiempo abstraído a las actividades productivas –si bien respetando las propuestas concretas existentes y los condicionamientos sociales– y las capacidades para organizar de manera tangible un espacio social separado de los lugares y los horarios de trabajo son dos requisitos sociales fundamentales⁹.

⁶ Cfr. Collins, R., *Interaction Ritual Chains*, Princeton University Press, 2004.

⁷ Cfr. Borgna, P., *Sociologia del corpo*, Laterza, Roma-Bari, 2005.

⁸ Cfr. Bifulco, L., “Loisir e Sport”, en Maddaloni, D., *Il mondo contemporaneo. Un lessico sociologico*, Ipermedium libri, S. Maria C.V. (CE), 2012.

⁹ Dumazedier, J., *Sociologie empirique du loisir*, Seuil, Paris, 1974.

Tomando en consideración también la sustanciosa cantidad de tiempo que hoy en día liberamos del trabajo y utilizamos privadamente, podemos reflexionar acerca del tiempo libre como un área muy extensa, varia y diferenciada de la vida cotidiana. Más allá de la esfera laboral podemos de hecho dedicarnos a actividades muy diversas. Cada una de dichas actividades pone en juego capacidades, actitudes, talentos, emociones, conocimientos, experiencias, beneficios diferentes. Vamos de los momentos de descanso a los *hobbies* que requieren capacidades técnicas y competencias especializadas –como quien se dedica a pequeños trabajos de electrónica–, de leves pasatiempos como el coleccionismo hasta una noche en el restaurante, del turismo hasta la actividad de ocio más sostenida: tocar un instrumento musical, actuar, danzar, hacer deporte, pero también ir a teatro, a un concierto o al estadio como aficionado. Lo que distingue estos verdaderos ocios es la posibilidad de aflojar los frenos emocionales y portarse de maneras que, en los contextos de trabajo o de la vida cotidiana, terminarían enfrentándose a una marcada desaprobación social. Por ejemplo, dependiendo de los casos: gritar, hacer ruido, reír ruidosamente, aplaudir con vehemencia, excitarse visiblemente, dar rienda suelta a nuestra gestualidad, expresar pulsiones agresivas, incluso despotricar. Por supuesto, todo dentro de unos límites, ya que se trata de una excitación circunscrita, controlada, aunque entrañe el riesgo de ir más allá¹⁰. Y es sobre estas actividades de ocio sobre las que centraremos nuestra atención.

Como el tiempo del trabajo, entonces, también el tiempo libre es una realidad heterogénea. Los dos ámbitos tienen además confines permeables y se relacionan entre ellos en modo compuesto¹¹. Pensemos, por ejemplo, en quien transforma la actividad de ocio en una verdadera profesión: un actor, un músico, un futbolista, un jugador de rugby, un bailarín, un luchador de lucha libre. Pero pensemos también en la multitud de personas que durante el fin de semana se dedican a un hobby –la jardinería, la fontanería o la pequeña carpintería– que implica el cansancio y la seriedad de verdaderos trabajos, a tal punto que a veces hasta uno puede conseguir alcanzar un pequeño beneficio económico. Por otro lado, pensemos en el *manager* de una empresa, que prolonga más que sus empleados el tiempo que dedica a actividades vinculadas a su profesión, aunque a veces se trate de actividades que no podríamos clasificar como de trabajo en sentido estricto: una cena de negocios, una partida de golf con el presidente de una empresa con la que se quiere cerrar un buen contrato, etc.

Cuando se analizan las implicaciones sociales del tiempo libre, identidad, realización personal, valor económico y consistencia en la vida cotidiana son, sin lugar a duda, algunas de las principales cuestiones que hay que tener en consideración.

No se puede dejar de subrayar que, en la sociedad occidental contemporánea, a la pregunta “¿quién soy?” –es decir, a la pregunta identitaria por excelencia– muchos de nosotros contestaríamos en relación con lo que nos caracteriza y representa, aludiendo no pocas veces a actividades y gustos estéticos vinculados al tiempo libre: diríamos que amamos el rock, que somos aficionados de un equipo de fútbol, deportistas practicantes, y que tocamos ocasionalmente un instrumento musical o algo por el estilo. Ahora bien, la identidad vinculada al tiempo libre no suplanta del todo la ocupacional o aquella vinculada a otros aspectos de nuestra vida, como los políticos, religiosos o los relacionados con la pertenencia territorial o nacional. La profesión, por ejemplo, sigue siendo para nosotros un

¹⁰ Elias, N., Dunning, E., *Quest for Excitement. Sport and Leisure in the Civilizing Process*, Basil Blackwell Ltd., Oxford, 1986.

¹¹ Cfr. Rapoport, R., “Four themes in the sociology of leisure”, *The British Journal of Sociology*, Vol. 25, n. 2, 1974.

elemento identitario consistente, con que representamos quiénes somos, pese a que el trabajo hoy puede que no sea estable, puede que no ofrezca perspectivas claras de carrera profesional y puede que se viva con escasa gratificación y hasta con desafección. Por otra parte, entre la renta –y, en esa medida, la profesión– y los usos del tiempo libre existe una conexión, pese a que gran parte de las actividades de ocio estén bastante democratizadas. Sin embargo, algunos pasatiempos –como el golf, la vela o el abono a la opera– son prerrogativas de las clases altas (las que disponen de medios económicos para permitírselas) y caracterizan sus gustos.

Podemos entonces afirmar que los consumos estéticos, los estilos de vida estimulantes y todo lo que concierne el tiempo libre son elementos centrales de la identidad, de las pertenencias y de las biografías individuales tanto como el trabajo.

Si la relevancia del tiempo libre en la modernidad madura ha aumentado, esto depende de factores estructurales y culturales. En primer lugar, la producción de bienes necesita de menos trabajo humano, mientras el aumento de los salarios impuesto por el siglo XX ha permitido que un número cada vez mayor de personas dediquen a gastos no esenciales una proporción cada vez más significativa de los ingresos de que disponen. Este tipo de consumo representa hoy un importante impulso para el sistema económico, incidiendo de manera relevante sobre el PIB de los diferentes países. De hecho, sin el incremento de la economía vinculada al ocio y a las actividades recreativas, la producción y el nivel total de los salarios se resentirían seriamente. Son, pues, un indicador evidente del bienestar general. No es baladí que hoy en día, para quienes trabajan, pero no sólo para ellos, se haya consolidado un creciente deseo de tiempo libre, vinculado a la capacidad económica¹².

Un aspecto clave de las actividades de ocio contemporáneas es su relación con la realización personal a través de transformaciones culturales muy relevantes que constituyen su base. De hecho, no va de suyo que el tener más tiempo a disposición se traduzca inmediatamente en un incremento del interés y la realización de actividades de ocio. Una nueva ética de la autorrealización, desarrollada sobre todo en las últimas décadas, con su substrato de ideas, símbolos y valores de referencia para los comportamientos, ha representado un requisito fundamental para dicho incremento.

Como decíamos, los individuos buscan momentos de gratificación, de construcción identitaria y de pertenencia hasta –y a veces sobre todo– en territorios lejanos a la dimensión política, religiosa o laboral. El empleo puede también ser considerado de manera estrictamente instrumental, como simple medio para ganar el dinero necesario para el tiempo libre, con las expectativas de gratificación, satisfacción y recreación con él vinculadas.

Y todo esto ya no se critica, sino que ha llegado a ser parte integrante de los modelos culturales prevalentes, que parecen señalar una dimensión salvífica en la diversión y en el bienestar personal. No es casual, entonces, que los estilos de vida encuentren en el ocio y en los consumos un requisito ineludible¹³.

Nos referimos, por lo menos dentro de este sistema ideológico, a un valor social difuso que se identifica con un derecho individual: la capacidad de disfrutar de tiempo suficiente para el cuidado de sí y para la búsqueda del placer y del relax. El tiempo libre, el ocio, son interpretados como un elemento liberador de las biografías individuales, que nos permiten descargar las toxinas de las obligaciones ocupacionales, familiares o sociales. Además, depositamos en estas prácticas fuertes expectativas de liberación del aburrimiento y de la

¹² Sue, R., *Temps et ordre social. Sociologie des temps sociaux*, PUF, Paris, 1994.

¹³ Morin, E., *L'Esprit du temps*, Grasset & Fasquelle, Paris, 1962.

rutina, esperando obtener de ellas una gran satisfacción. El bienestar, el hedonismo, la realización se exigen como derechos inalienables. Nos arrogamos la legitimidad moral de hacer lo que nos gratifica y sólo en la medida en que nos gratifica. Cuando, por el contrario, una actividad se convierte en cansada, aburrida, poco gratificante, en la mayoría de los casos podemos abandonarla fácilmente, sin sentir el peso de fuertes obligaciones.¹⁴

Este es el principio que inspira gran parte de las actividades o el consumo relacionados con el ocio, desde el deporte hasta el teatro, desde la danza hasta la música y los videojuegos. Prácticas ya tan enraizadas en nuestra cotidianidad que marcan considerablemente la rigurosa organización de nuestros días y nuestras semanas, planificadas a veces meticulosamente dependiendo de las obligaciones que nuestros pasatiempos definen.

¿Por qué, entonces, tiempo libre y cuerpo? Porque las actividades del tiempo libre se concentran prioritariamente en el cuerpo, lo moldean, determinan sus significados, que pueden tener un valor económico y comercial, estructurando al mismo tiempo relaciones específicas. En nuestro tiempo libre usamos el cuerpo y construimos o confirmamos una idea del bienestar, construimos el placer, coleccionamos relaciones e identidades, nos distinguimos socialmente con actividades que señalan nuestra posición social y nuestra pertenencia de clase, alimentamos nuestro narcisismo, enviamos señales que nos permiten interactuar con los demás, saldar cuentas con los cánones estéticos incrustados en nuestros modelos culturales. Ponemos en pie, además, nuestro proyecto de cuerpo –tal vez estructurado dependiendo de la pertenencia de clase–, que puede ser visto como un instrumento de producción –, de aquí los valores de fuerza o de virilidad– o como objeto estético para plasmar, estableciendo así específicos significados de la salud y también de la muerte, por ejemplo. El tiempo libre es, por último, también una esfera en la que se manejan y se interactúa con técnicas o tecnologías diferentes, que inciden sobre el cuerpo y la existencia: pensemos, por ejemplo, en las máquinas de ejercicio, en los dispositivos tecnológicos capaces de alterar nuestra percepción de las funciones corporales, en las redes sociales que cambian las formas de exposición de nuestros cuerpos, en las prácticas médicas y las ciencias biotecnológicas que nos prometen una juventud eterna, pero también en el uso de la química en el *fitness* o, ya en el deporte profesional, en las prácticas de dopaje.

En definitiva, detener la mirada sobre el papel del cuerpo y del ocio en la sociedad occidental contemporánea significa poner de relieve las nuevas oportunidades y, al mismo tiempo, los nuevos riesgos en la construcción y deconstrucción de identidades personales y colectivas, de dinámicas existenciales y sociales que vinculan nuestras relaciones con el mundo y le confieren inéditos sentidos y potencialidades.

Luca BIFULCO y Elena TRAPANESE

¹⁴ Dumazedier, J., *Sociología del tempo libero*, op. cit., pp. 95-104.